

3166
31.07
L34m.

1. Vealencia
2. Masculinidad

LA MUJER ES, EL HOMBRE SE HACE

Por Mario Alberto Carrera (Guatemala)
Diario Siglo Veintiuno, Magazine 21, 6-IV-97

A través del tiempo, y en la medida que uno se va acercando más a la muerte, se llega a comprender que hay por lo menos dos mundos: el que le pintan, le explican y le presentan a uno los padres, los maestros y la gente "positiva" y optimista en general, y el otro, el que uno va reconstruyendo, el de "La Náusea", "Ulyses" o "Rayuela". El tema, por ejemplo, de llegar a ser hombre es uno de esos que, en la inconsciencia de la niñez, nos parece baladí, más cuando vemos el tiempo reflejado en el espejo de las dudas y de los golpes (el tiempo que ya pasó y que no podemos recobrar). De súbito nos damos cuenta de que la andadura ontogenética de cada macho humano es una Vía Dolorosa mucho más larga y torturante que la de Jerusalén. Por supuesto, parte del juego cimentado por el "establishment" es que cada hombre disimule su calle de la amargura.

Recuerdo, como si fuera ayer, la voz de mi madre diciéndole a mi padre:

"A éste hay que hacerlo hombre, lo meterás al cuartel". Y a él aprobando y respondiendo lo siguiente: "¡Claro que lo haré! Allí lo convertirán en un verdadero macho". Desde entonces la palabra cuartel me da verdaderas ganas de vomitar. Lo que ellos querían matar en mí, en nombre de la sociedad machista en que vivíamos y seguimos viviendo, era cualquier rasgo de debilidad o sensibilidad extremas.

Quería, ella, paradójicamente, asesinar toda la ternura que me había transfundido durante nueve meses en su vientre y durante nueve meses, también, junto a sus senos nutricios. Lo que feminiza a la mujer afemina al hombre y había que apartarlo de las muñecas (como si andando el tiempo yo no llegaría a ser padre) y en cambio ponerle un fusil en la mano, porque es parte de la virilidad repartir muerte y violencia.

Interesado por toda clase de papeles de Ernest Hemingway, porque hasta no hace mucho estuve impartiendo un curso sobre su obra, pero en especial sobre "El viejo y el mar", me encontré con datos e informaciones en torno a su vida, que crisan y conmueven. Todo en él era parafernalia y disfraces: la cacería, la pesca, la guerra, el alcohol y las mujeres. Puras máscaras para esconder su frágil virilidad que trataba de acorazar con el enorme cartel del rudo, del insensible, del independiente, del solitario. "El viejo y el mar" es el correlato de toda esta tragedia, que culminó con el suicidio, porque, al entrar en la ancianidad, su "protesta viril" (como la hubiera llamado Adler) ya no tuvo el asidero del machismo exacerbado y delirante (entre los toros, la guerra, las farras y el alcohol) y claudicó.

En la última de sus obras, "El jardín del Edén", por cierto póstuma (la última de las máscaras de Ernest Hemingway), cae por voluntad propia. En ella confiesa sus fantasías transexuales (en las que "alucinaba" con ser mujer), él que era la representación misma de la virilidad. Porque pocos hombres han sido tan definidamente masculinos, en su aspecto, como el autor de "Adiós a las armas". Anidaba ansias de pasividad femenina y al mismo tiempo buscaba una masculinidad exenta de toda feminidad. No estoy hablando de afeminamiento, porque eso sólo está en la "loca" a la que para nada estoy tomando en cuenta aquí. Yo estoy analizando, en este texto, el tránsito de todos los hombres que, para llegar a serlo, debemos demostrar que no somos niños, que no tenemos ningún rasgo femenino y que somos completamente hombres.

Ello, desde luego, nos lleva a tomar actitudes misóginas (despreciamos la "debilidad lloriquera" de las mujeres) y a la homofobia, es decir, el vituperio, el asco y el desprecio por todo homosexual. De ahí que los cabezas rapadas de Madrid, y de toda Europa, anden cazando, de nuevo, maricas y reinas, judíos e hispanoamericanos. Si matan a un homosexual, lo matan también dentro de ellos. El terror a la mujer (a sus maneras, procedimientos y falsa suavidad) conduce al hombre a luchar por sacarla de dentro de sí. Por eso le pegan, por eso la humillan y por eso la someten. Es como un exorcismo. El diablo viene a ser toda aquella información genética (porque somos XY) que ella nos pasó en la concepción y todos aquellos gustos y maneras que ella nos transfundió mientras fuimos completamente suyos; es decir, hasta los cuatro o cinco años más o menos. El exorcismo es la misoginia y la homofobia. La mujer, en cambio, es mucho más segura de su sexo, de su sexualidad y de su ser en el mundo que el hombre.

Especialmente ahora a partir de Dolly, de la que se ha dicho todo con relación al juego divino de manipular la vida. Pero no, acaso, lo más importante: Dolly viene a ser la ratificación de que las mujeres ya no nos necesitan para nada, ni siquiera para depositar la semilla del esperma. Dolly es una hija sin padre. A partir de este momento el macho podría quedar definitivamente separado de las tareas reproductivas.

Un nuevo golpe a nuestra masculinidad, que nos hará, acaso, más misóginos y más homofóbicos. Toda la cultura del falo (que dura más de cinco mil años) se está derrumbando. La mujer no solamente accede a los cargos de poder, sino que no necesita del hombre para garantizar la permanencia de la especie humana; ellas pueden reproducirse solas.

Freud y Lacan han sido los mayores defensores de la falocracia y, sin querer, de la homofobia y de la misoginia, que siempre han visto lo femenino y lo afeminado con el más absoluto desprecio del mundo.

Cuando reflexiono en todas estas cosas y recuerdo que para llegar a ser hombre debí haber pasado, como mi padre, por el cuartel, no puedo dejar de sonreírme; y de entristecerme por aquellas vidas torturadas como la de Ernest Hemingway que, siendo tan hombre, no estaba seguro de serlo. Sólo estaba seguro de serlo Humphrey Bogart, metido en su traje de imbécil de acero, en "Casa Blanca", y hoy los cowboys, los Rambo y los Terminator, que son violencia pura y que ni siquiera pueden fornicar como Dios manda.

En la medida que nos vamos dando cuenta de nuestro fálico pero insignificante papel en la Historia, vamos creando, todavía dentro de la falocracia cinematográfica, una suerte de héroes que sólo saben matar. Acaso para producir terror cuando ya no podemos imponer respeto, cuando el fálico cetro está escapando de nuestras manos, con la militocracia y el militarismo cuartelario que mis padres querían recetarme, sólo porque yo prefería leer y leer, solitariamente, en vez de irme a romper el traje y la cara con los machitos del barrio. Menos mal tuve los suficientes testículos para imponer mi voluntad. La verdad es que yo siempre he hecho lo que he querido, sin ir de misógino y de homofóbico.